

ESE CHICO

Margarita enciende con el codo el interruptor de la araña de cristal del salón mientras sus manos sostienen la bandeja de la cena. Conecta el televisor antes de sentarse y atacar con voracidad una ensalada multicolor y una tostada integral. En cinco minutos ha terminado. Se recuesta en el sofá, lanza una mirada reprobatoria a sus gruesos muslos y siente asco.

Años atrás se resignó a ser la fea de las hermanas. La mayor, Rosa, es alta y esbelta, de piel marfileña y rasgados ojos negros, tan parecida a la madre que muchos piropoan a ésta alegando que parecen gemelas. Pero la pequeña tuvo la mala suerte de heredar los genes regordetes de la abuela paterna y su mirada estrábica.

Margarita emite un ruidoso suspiro y se levanta. En el pasillo, cargada con la bandeja, se asoma al cuarto de Rosa que, como cada noche, consume las horas pegada al ordenador, chateando, envuelta en una niebla de humo. Los últimos tulipanes amarillos que le mandó un desconocido cuelgan mustios del jarrón y a Margarita, sin saber porqué, la invade una tristeza.

—¡Apareció!, grita la hermana encendiendo otro cigarrillo.

—¿Quién?, replica ella acercándose a la pantalla.

—¿Quién va a ser? Fausto —Rosa ni siquiera se ha girado al hablarle.

—¡Ah, ya!, exclama ella y esconde su resquemor en el tono, lacónico e indiferente. Buenas noches.

Cierra la puerta al salir, entra en la cocina y lava los cacharros del fregadero. El piso es pequeño, pero ella puede permitirse un espacio propio, su habitación, refugio y escondite, biblioteca con estantes que van del suelo hasta el techo y cama en el centro, como un islote en medio de un océano de libros. Se despoja de la ropa negra informe con que se cubre más que se viste cada día y se acuesta, en bragas y camiseta.

Cierra la luz pero no los ojos y mira al techo. Se pregunta cómo es Fausto y si es él quien todos los sábados envía a Rosa un ramo de tulipanes con una tarjeta escrita a mano. Nada le agradaría más que tener un novio en la red, alguien que no pudiera verla, alguien a quien engañar sobre su aspecto. Si le

pidiera una foto, conseguiría una prestada. La haría tan feliz un hombre que la adulara, que hiciera comentarios agradables sobre sus facciones, sobre su nariz recta y sus ojos claros. Ella se mostraría tal y como es, sensata e inteligente, pero estaría amparada por un hermoso rostro postizo. Fantasea con la posibilidad de conocer a Fausto, de ser abrazada, de ser besada como siempre ha visto y nunca ha probado, y se duerme en plena ensoñación.

En cuanto amanece, Margarita se incorpora y brinca de la cama. Se ducha tras tapar con la toalla el espejo que la refleja de cuerpo entero, desayuna un café con leche y llena su mochila con libros y apuntes.

En el metro, camino de la facultad, piensa en lo bien que le vendría que su hermana enfermara unos días, nada grave, una gripe o un dolor de barriga. Ella chatearía en su lugar y así conocería a Fausto. Se sienta en el aula pero no atiende porque en su cabeza sólo cabe un asunto: cómo apartar a Rosa del ordenador durante un tiempo.

Regresa a casa de mal humor y sin haber dado con una solución aceptable.

Se encierra con llave en su habitación, presa de una idea fija, deja caer los libros sobre la cama y revuelve con ansia un cajón. Sabe que hace dos días los escondió allí y que nadie hurga jamás en sus cosas. Encuentra la bolsa y la aprisiona entre sus brazos. Luego se apoltrona en la butaca, comprueba con una mirada que ha cerrado bien la puerta y se zampa diez magdalenas con la fruición del hambriento. Justo cuando engulle el último bocado, su madre la llama. “Ya voy”. Recoge cuanto puede y abre.

—¿Qué tienes en la boca?

—Nada, miente.

—Eso espero, replica la madre que luce vaqueros pitillo y camiseta pegada al cuerpo. Bueno, tú verás. Por cierto, a eso venía. Rosa se va a pasar quince días a casa de la abuela en el pueblo.

—Se va a aburrir. Allí no hay nada —Margarita no quiere creer aún en su suerte.

—Pues que aproveche para estudiar. Los análisis han salido mal y el médico dice que necesita aire puro y reposo.

Desde la primera noche, Margarita ha ocupado el sitio predilecto de su

hermana frente al ordenador. Suplantarla ha sido fácil. Rosa tiene la contraseña apuntada en una libreta junto con infinidad de direcciones de Internet. Una vez en su pantalla, contactar con Fausto le ha llevado tan sólo unos minutos. Cuestan las primeras palabras pero poco a poco la conversación se vuelve fluida y descubre a una Rosa diferente, la de Fausto, que es parecida a la verdadera aunque favorecida, idealizada incluso. Y él tiene una personalidad especial y única que atrae a su hermana como un imán.

La vida de Margarita gira en torno a la chat y la absorbe hasta el punto de hacerle olvidar las comidas. Ha pasado por momentos difíciles, como cuando Fausto le ha pedido que instale una videocámara, o cuando le ha escrito en la pantalla deseos que ella no puede leer sin sonrojarse. También ha habido momentos hermosos como la llegada de los tulipanes que se ha apresurado a poner en un jarrón al lado del ordenador, y otros de tensión, como la visión de la foto que le muestra un Fausto que no desmerece el de sus sueños.

Pasan los días y él le pide una cita, con prisas, mañana a las seis, en el parque. Margarita empieza a temblar aunque sabe que no va a mostrarse, que seguirá ocultándose y que, aunque la vea, no la va a reconocer. Se acuesta tarde y duerme mal. Las manos de su madre sobre los hombros, sacudiéndola, la liberan de una pesadilla en la que Rosa y Fausto, cogidos de la mano, se mofan de ella. En cuanto su madre cierra la puerta, se levanta y recoge sus cosas.

Va a clase como siempre, tan nerviosa que cada diez minutos decide que no acudirá al parque y cada veinte que se sentará en un banco al lado de Fausto, sin decir nada, para observarle. A su regreso a casa, su angustia se multiplica. Por la puerta abierta, la silueta de Rosa frente al ordenador la hace temer haber sido descubierta. Se acerca por detrás, ve que revisa el correo, y la saluda, con un hilo de voz. Sin esperar respuesta huye, se encierra en su habitación y rescata un paquete de chocolate del armario. Falta una hora para las seis. Debe mantenerse alejada del parque para que Fausto no descubra el engaño. Al terminar la tableta, cambia de opinión. Falta media hora, el tiempo justo para correr hasta allí. Se decide a salir y entonces suena el teléfono. No oye a nadie descolgarlo y ella misma atiende la llamada. Es su madre, que la entretiene diez minutos dictándole la lista de la compra.

Cuelga y echa escaleras abajo, seis pisos, cruza el portal, tres calles a la derecha y cinco a la izquierda, saltándose semáforos y esquivando coches. Jadeando, cruza la verja del parque, rodea el estanque y busca un atajo hasta la fuente. A cincuenta metros oye voces. Una de ellas le es tan familiar que se detiene y se agacha tras un pequeño muro hasta que entiende la situación y que la curiosidad le puede. Asoma primero la punta de la nariz, luego media cara y mira.

Apenas si se fija en su hermana, enfrascada en una discusión con un desconocido. Él reclama toda su atención: unos treinta años, obeso, calvo, vulgar. Margarita se incorpora lentamente, en silencio pero tan ofendida como Rosa y se pregunta en qué se habrán equivocado las mujeres para que los hombres les mientan siempre con tal desfachatez.